

Yo quiero ser astronauta

Por Sebastián Segura Blanco

Un día estábamos mi hermano menor Andrés, mi perra Chispas y yo, en un día muy aburrido. Digo que era un día muy aburrido porque no había electricidad y entonces no teníamos nada que hacer: no podíamos jugar con el Nintendo, ni ver la televisión, ni navegar en Internet. Chispas estaba sentada en la cama viendo por la ventana hacia el cielo, como si se preguntara que había allá arriba. Nos imaginábamos si a Chispas también le gustaría ir al espacio y ser astronauta, como a mi hermano y a mí. Empezamos a inventar historias y de pronto tuvimos una buenísima idea: cerrar los ojos y soñar que podíamos viajar por el espacio. Fue así como empezamos por armar nuestra propia nave espacial.

Como no teníamos plata, entonces buscamos materiales de esos que mi mamá guarda para el reciclaje. Con cajas de cartón armamos la cabina y las alas. Con dos bancos de madera, de los que venden los carreteneros, pusimos las sillas para la tripulación. Con botellas plásticas de 3 litros armamos los propulsores, con latas de aluminio formamos los motores orbitales y con una sábana cubrimos las cajas para que sirviera de fuselaje. La verdad es que nos quedó muy chiva, se parecía mucho a los transbordadores de verdad, creo que se parecía al Enterprise, que realizó su primer viaje experimental en 1977 y que fue la primera nave espacial reutilizable.

Cuando la nave estuvo lista, nos pusimos unos cascos, de esos que vienen en los juegos de construcción, unos anteojos e iniciamos la cuenta regresiva. Yo rezaba mucho para que no nos pasara lo mismo que al transbordador Columbia. Por cierto, Chispas también tenía su casco y sus anteojos.

Nos agarramos muy fuerte de nuestros asientos hasta que finalmente entramos en el espacio exterior. Ese rato duró como un minuto y nos dio mucho miedo, pero apenas nos pasó el susto, nos asomamos por una de las ventanillas y lo primero que vimos fue una supernova, gigantesca, como el triple del tamaño del Sol, pero qué lástima!, ya estaba muriendo. Chispas se tapó los ojos con sus orejas, seguro porque era muy resplandeciente y fue tan vacilón que bautizamos a la supernova como Chispas.

Poco a poco seguimos viajando y veíamos cada vez más largo a la supernova. Estábamos tan cansados que nos fuimos a dormir en los dormitorios del transbordador y de pronto cuando estábamos flotando nos despertó una luz muy brillante que iluminó todo, hasta el más escondido rincón del espacio exterior. No podíamos reconocer lo que veíamos porque su luz nos encandilaba y no nos dejaba ver. Cuando pudimos distinguirlo, supimos que se trataba del cometa Swan. Su cola era inmensa porque las colas de los cometas pueden

medir millones de kilómetros de largo, era de varios colores pero en especial azul, blanco y rojo, como la bandera de Costa Rica. Yo creo que lo vimos pasar como a 70 kilómetros de distancia. Duramos mucho tiempo viendo cómo se alejaba poco a poco esa luz brillante que se podía ver a kilómetros de distancia. Mi hermano Andrés casi se orina en sus pantalones de lo emocionado que estaba, pues nunca antes habíamos visto semejante maravilla que tiene el universo. Confieso que yo también estaba muy emocionado. Creo que fue una coincidencia cruzarnos con él y haberlo visto porque los astrónomos dicen que ese cometa ha estado recorriendo una muy larga distancia en el espacio. Nosotros estábamos felices porque sabíamos que habíamos roto un récord, pues nunca, nunca, nadie había visto tan de cerca un cometa.

A como pasaba el tiempo nos emocionábamos más pensando que todavía teníamos mucho por ver y que probablemente no terminaríamos de ver todo lo que el Universo tenía para nosotros. Pero bueno, ya después de haber pasado por ver una a la Supernova Chispas y al Cometa Swan, teníamos que pasar a otro nivel. Salimos entonces de la Vía Láctea y entramos a otra galaxia. Casi estoy seguro que a la galaxia que entramos fue Andrómeda. Todo era tan brillante que tuvimos que usar nuestros lentes especiales para protegernos del brillo de tantas estrellas y planetas. Andrés escuchó con atención cuando le conté que todavía no se sabía si en Andrómeda había algún planeta como la Tierra, y que eso era un misterio que muchos astrónomos habían tratado de resolver pero que todavía no habían podido. Muchas veces me he preguntado si será posible que exista una civilización inteligente allá en el espacio, así que fuimos en busca de eso. Viajamos y viajamos pero nada de nada hasta que nos encontramos de puro frente a un gigante gaseoso. Era como del tamaño de Júpiter y en una de sus lunas vimos los colores azul y verde, así que muy seguro que esa luna tenía vida, y decidimos aterrizar allí y explorar un poco.

Estábamos recién bajándonos de la nave y colocándonos el equipo espacial, cuando de pronto se oyó un estallido muy fuerte que nos hizo brincar, era el sonido del televisor, la radio, la refrigeradora, la alarma, y otras cosas más que se encendieron en nuestra casa cuando volvió la electricidad. Fue ahí cuando nos dimos cuenta que ya era de noche y hora de acostarse, así que decidimos estacionar la nave en el patio de la casa y dejarla lista para una nueva aventura al día siguiente. Digamos que hasta ahora, ese ha sido el mejor viaje de nuestra vida, porque todavía nos queda mucho por explorar.